

## **Sweezy: Los Problemas del Estancamiento**

Claudio Katz

En la visión de Sweezy la explicación de un freno estructural al crecimiento se apoyó inicialmente en argumentos subconsumistas.

Resumen: Las concepciones estancacionistas -que tradicionalmente se basaron en la cuestionable "teoría de la miseria creciente"- han ejercido gran influencia en el pensamiento marxista. En la visión de Sweezy la explicación de un freno estructural al crecimiento se apoyó inicialmente en argumentos subconsumistas. Aunque destacó correctamente la existencia de una contradicción entre la producción y del consumo, omitió señalar que la acumulación genera nuevos mercados y no deteriora estructuralmente el poder adquisitivo en los países desarrollados.

En caracterizaciones posteriores Sweezy atribuyó el estancamiento a la sustitución de la competencia por el monopolio, ignorando la persistencia e intensificación de la concurrencia entre las grandes corporaciones. En otra justificación interpretó el debilitamiento del crecimiento como un efecto de la acción parasitaria del capital financiero, pero aquí abandonó la centralidad que tiene la esfera productiva para el análisis del capitalismo. El fundamento de este sistema no es el rentismo, sino la extracción de plusvalía.

El estancacionismo no reconoce la presencia actual de una revolución tecnológica y deja así de lado un elemento central para la comprensión de la reorganización capitalista en curso. También es desacertado su rechazo de la validez de la teoría del valor para interpretar el comportamiento de los precios en función de los costos y de la productividad. Al centrar su análisis en el despilfarro de los recursos y en la absorción de un "excedente" no indaga adecuadamente el proceso de valorización. Exagera, además, la función reactivante del gasto militar estableciendo una diferenciación artificial entre el sector armamentista y el resto de la economía

El estancacionismo acierta en denunciar al imperialismo como principal causante del subdesarrollo, pero no explica cómo se conecta el retroceso de la periferia con el avance de la acumulación en el centro. A pesar de estos errores teóricos, Sweezy ha cumplido un meritorio papel la difusión y desarrollo de la economía marxista.

### **LOS PROBLEMAS DEL ESTANCACIONISMO.**

En los años 60 el conocido economista marxista Paul Sweezy resumió en una frase el eje de su concepción: "la tendencia al estancamiento es el corazón del capitalismo de nuestros días" . Al cumplir 90 años y conmemorar el 50 aniversario del "Monthly Review"-el mensuario socialista que fundó- Sweezy mantiene esta caracterización . Su principal colaborador de las últimas décadas -Harry Magdoff- coincide en evaluar que el "estancacionismo es la forma normal" de funcionamiento del capitalismo del comienzo del siglo XXI . Para un discípulo de esta escuela, el diagnóstico estancacionista constituye un aporte central a la teoría económica .

El origen de la concepción estancacionista se remonta a la entreguerra, cuando bajo el impacto de grandes depresiones económicas, conmociones políticas y rebeliones sociales, numerosos autores estimaron que el capitalismo había perdido su tradicional dinamismo.

Paradójicamente esta visión logró nuevas adhesiones durante la prosperidad de posguerra y naturalmente encontró nuevos partidarios en las últimas décadas de crisis.

La caracterización del estancamiento como una "norma" del capitalismo es reivindicada por numerosas vertientes del marxismo. Pero cabe preguntarse si ofrece el fundamento adecuado para entender el proceso económico actual.

#### VARIEDAD DE JUSTIFICACIONES.

La "teoría de la miseria creciente" fue el argumento inicial del estancacionismo. A principios del siglo XX muchos autores consideraban que la pauperización absoluta de la clase obrera conduciría a la "depresión crónica" del capitalismo. Y esta caracterización ha sido repetida por todos los pensadores que atribuyen a la extracción de plusvalía absoluta y a la caída del salario por debajo de su valor, un papel central en el funcionamiento de la economía contemporánea.

La primera caracterización estancacionista de Sweezy no se basó en esta versión extrema del empobrecimiento absoluto, sino en planteos subconsumistas. Destacó que el estrechamiento del poder adquisitivo acompaña a la acumulación y no puede ser contrarrestado con nuevas inversiones o gastos públicos.

En una segunda etapa, Sweezy fundamentó el estancacionismo en los efectos del monopolio. Planteó que el crecimiento tendía a restringirse con el agotamiento de la fase competitiva del capitalismo. Señaló que las corporaciones ya no reducen costos, sino que manipulan los precios y se aseguran beneficios regulando la capacidad productiva.

Estimó que los monopolios evaden riesgos, "viven y dejan vivir" y planifican sus acciones en el largo plazo. Coincidentemente, sus seguidores consideran que la competencia de precios sólo subsiste parcialmente en los sectores nuevos (como por ejemplo, la informática) que todavía no han sido cartelizados.

En un tercer período, Sweezy atribuyó el estancamiento al rol parasitario del capital financiero. Destacó que al quedar bajo el comando de las finanzas, el capitalismo relega toda la actividad productiva a un segundo plano. Señaló que al expandirse una superestructura bancaria relativamente independiente, "el capital financiero triunfa" e impone su control sobre las grandes corporaciones. Pero también opina que este dominio bancario inestabiliza a todo el sistema monetario y crea una situación de endeudamiento explosivo. El capital financiero opera mediante acciones de vaciamiento, tomas de empresas, eliminación de competidores y actúa como una fuerza puramente destructiva.

Las teorías del subconsumo, del monopolio y del capital financiero diagnostican una declinación estructural del crecimiento que repercute en todos los planos. Estiman que la innovación decrece con la sustitución de la "destrucción creativa" por la reducción concertada del progreso técnico. Plantean que durante el siglo XX las nuevas tecnologías ya no impulsaron a la acumulación, sino que apenas contrarrestaron la caída del crecimiento. Y agregan que la informática ni siquiera puede repetir esta función compensatoria, porque el nuevo sector se encuentra tan afectado como el resto de la economía, por la concentración, la saturación de los mercados y la carencia de demanda efectiva.

Una consecuencia teórica importante del estancacionismo es la invalidación parcial de la teoría marxista del valor. Como se estima que la competencia perdió relevancia, también se interpreta que el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de las mercancías ya no determina el nivel de los precios. Para Sweezy la vigencia de la teoría del valor -en la etapa monopolística- queda restringida a su aspecto exclusivamente cualitativo. Entiende que esta concepción permite refutar las caracterizaciones fetichistas de la

economía burguesa, pero ya no sirve para explicar cuantitativamente el nivel de los precios a partir de los valores de las mercancías .

Para el estancacionismo el principal conflicto económico del capitalismo contemporáneo es la "absorción del excedente". Deduce del estrechamiento de los mercados, de la reducción del consumo y del aplastamiento de la inversión, la aparición de un capital sobrante que alcanza proporciones inmanejables. Sólo el aumento de los gastos de circulación (publicidad, diferenciación de productos y campañas de ventas) y el armamentismo permiten digerir económicamente este excedente . Sweezy incluso opina, que sin el auxilio del gasto militar hubiera sido imposible evitar una repetición de la depresión del 30 .

El estancacionismo estima, por otra parte, que el capitalismo actual genera un creciente retroceso económico de la periferia . Sweezy destaca que el progreso de los países subdesarrollados se encuentra bloqueado, tanto por su sometimiento al imperialismo cómo por el freno general del crecimiento. Plantea que con el agravamiento del subconsumo, de las manipulaciones monopólicas y del parasitismo financiero se acentúa la explotación del tercermundo, porque las corporaciones compensan sus desequilibrios aumentando la apropiación de recursos de la periferia. De la tesis estancacionista, los teóricos del "capital monopolista" derivan todos sus diagnósticos del capitalismo actual.

#### PAUPERIZACIÓN Y SUBCONSUMO.

La deducción estancacionista de la teoría de la "misericordia creciente" parte de un gran equívoco: atribuirle a Marx la defensa plena de esta concepción . Aunque el autor de "El Capital" partió inicialmente de esta tesis, en su polémica posterior con Lasalle dejó claramente establecido que la acumulación capitalista no entraña el empobrecimiento absoluto de la clase obrera. Sus observaciones sobre la consolidación de un polo de riqueza y otro de pobreza están referidas a los desocupados y a los sectores lumpenizados (el "leprosario de la clase obrera") y no a la masa de los asalariados. Y por eso defendió tan enfáticamente la posibilidad de mejoras salariales a través de la lucha sindical.

Al destacar que los obreros -a diferencia de los esclavos- tienen un rol activo como consumidores, Marx explicó que el valor de la fuerza de trabajo no constituye un dato fisiológico.

Incluye un componente histórico-social, que permite mejoras perdurables en el nivel de vida de los trabajadores. Como el avance de la acumulación exige mayor desgaste físico y mental de los asalariados, la propia reproducción del capital implica retribuciones salariales compensatorias de este esfuerzo. Varios estudiosos consideran que utilizando esta visión, Marx formuló una teoría más completa de los salarios que incluyó entre otras variables, el contexto demográfico, el nivel de productividad, la fase del ciclo, el desarrollo de la lucha de clases y el lugar de cada nación en el mercado mundial.

Este enfoque explica porqué en los países centrales el salario no decae en términos absolutos en el largo plazo. Durante el siglo XX ha quedado demostrado que el salario sólo declina relativamente en comparación con las ganancias o el ingreso total y esta disminución no implica una "misericordia creciente". Carece de seriedad afirmar, hoy en día, que los trabajadores de Estados Unidos, Europa y Japón han quedado sometidos a un empobrecimiento absoluto.

En los países centrales la pauperización recae sobre la masa de desocupados, inmigrantes e informales. Aunque en las últimas décadas de crisis se afianzaron verdaderos bolsos tercermundistas dentro del primer mundo, este aumento de la "exclusión" no alcanza como prueba de la "misericordia creciente". Sólo la incuestionable polarización de ingresos que se registra a escala mundial serviría de apoyo para esta concepción, ya que es evidente la

concentración de la riqueza en las naciones avanzadas a expensas de la periferia. En este aspecto la teoría incluye elementos valederos.

Pero si el capitalismo se expande en el centro succionando a la periferia es porque existe una fuerza impulsora del crecimiento que origina esta expropiación. El ímpetu de la acumulación en el corazón del sistema acentúa la devastación del subdesarrollo y fractura en dos polos muy diferenciados al capitalismo contemporáneo. Cómo se insinuó en algunos momentos de crisis del pasado (por ejemplo, los años 30), un estancamiento perdurable en el centro conduciría más bien a interrumpir esta exacción (por lo menos para el caso de algunos países periféricos). Pero, además, esta pauperización de los países atrasados no alcanza para imponer una tendencia estancacionista general, porque la periferia es proveedora de materias primas y actúa como mercado de consumo secundario, determinando sólo muy tangencialmente el curso de la demanda mundial.

El argumento subconsumista del estancamiento es más atendible, porque se apoya en reconocer la importancia del poder adquisitivo en la interpretación marxista de la crisis. Bajo el capitalismo existe una tendencia hacia la producción ilimitada de valores de uso que choca con la capacidad limitada del mercado para absorberlos. Marx señaló que, en última instancia, este desequilibrio surge del restringido poder de compra que genera la distribución desigual del ingreso entre la población.

En la competencia de los capitales por su valorización, el volumen de la producción tiende a desconectarse de las posibilidades de consumo. Para aumentar sus ganancias los empresarios reducen los costos salariales y este aumento de la explotación deteriora el poder de compra de los trabajadores. Un sistema que prioriza el beneficio a la satisfacción de las necesidades sociales y que regula mercantilmente la asignación de los recursos, necesariamente tiende a incrementar la producción por encima de la demanda.

Pero esta contradicción entre la producción y el consumo sólo explica las crisis periódicas de realización, es decir las dificultades para vender las mercancías a precios compatibles con la ganancia esperada. No indica la existencia de un estado de subconsumo, ni estancamiento estructural. Es un desequilibrio derivado de la estratificación clasista de los ingresos, que desencadena crisis y desvalorizaciones periódicas de las mercancías sobreproducidas. Pero la imposibilidad de moderar la producción adaptándola a la demanda no desemboca en la paralización del crecimiento en el largo plazo.

La interpretación subconsumista del estancamiento omite que las limitaciones del poder adquisitivo están contrarrestadas en las economías avanzadas por el desarrollo de mercados autónomos del sector de bienes de producción y por cierta elevación de la capacidad de compra que acompaña el avance de la productividad.

Por eso el poder adquisitivo oscila con el ciclo sin desplomarse de manera permanente y sin desatar una contracción perdurable del crecimiento.

Tradicionalmente el subconsumo debió aceptar este hecho pero lo justifica recurriendo a explicaciones "exógenas". En vez de reconocer que la propia acumulación genera mercados (limitados, parciales y desequilibrados, pero existentes), atribuyó la continuidad de la reproducción del capital al papel jugado por ciertas "variables exteriores" ("tercer sector", intervencionismo estatal, regiones pre-capitalistas aún colonizables). Esos errores teóricos indujeron equivocadamente al estancacionismo a suponer que la acumulación se mantiene aceptada por estímulos puramente artificiales.

#### MONOPOLIO Y COMPETENCIA.

La interpretación estancacionista basada en el papel del monopolio tiene su origen en los autores neo-keynesianos de los años 50 y 60. Steindl planteó que los oligopolios ajustan

cantidades en lugar de precios para asegurarse elevadas tasas de ganancia. Kalecki afirmó que la sub-utilización de la capacidad instalada se acentúa en proporción al grado de monopolización. Joan Robinson señaló que la competencia "imperfecta" aumenta las dificultades para mantener una "edad dorada" de crecimiento. Hansen atribuyó al decrecimiento de la población y a la declinación del progreso técnico la preeminencia de las fuerzas estancacionistas. Sylos Labini destacó que la fijación oligopólica de "precios de exclusión" asegura fuertes "barreras de entrada" a los rivales y deteriora el crecimiento.

Sweezy reivindicó este enfoque pesimista -que por el carácter perturbador de sus conclusiones- tendió a ser relegado de la economía convencional. Lo interpretó como una confirmación del carácter decadente de la nueva etapa del capitalismo ya analizada por Lenin y contrapuso la fase monopólica de "madurez", desempleo y estancamiento con la anterior época de prosperidad, pleno empleo y dinamismo tecnológico.

¿Pero cómo pueden mantenerse los conceptos marxistas, si se excluye del análisis del capitalismo un elemento tan central como es la competencia? No sólo la competencia perdura, sino que es equivocado presentarla como antagónica al monopolio. Ambas características se engendran recíprocamente y forman parte de un mismo proceso de acumulación. Si el monopolio sustituyera por completo a la competencia, la asignación mercantil de los recursos quedaría regulada y regiría el sistema estable que imaginaron los teóricos del "capitalismo organizado".

Sweezy se opone a esta última visión armnicista y considera que el capitalismo es un modo de producción crónicamente inestable. Pero desconoce que la raíz de los desequilibrios de este sistema es la existencia de una presión competitiva incontrolable. La rivalidad empuja a los empresarios hacia la sobreproducción en cualquier modalidad del capitalismo y por eso se mantienen los desajustes, que para Sweezy desembocan en el estancamiento. Lo que sí puede afirmarse es que la competencia entre pequeñas empresas del siglo XIX ha sido reemplazada por la rivalidad entre grandes corporaciones. Pero este cambio sólo antaño a la escala de un proceso y no a su dinámica cualitativa.

La perdurabilidad de la competencia explica porqué algunos empresarios se enriquecen y otros quiebran y porqué ciertos sectores prosperan mientras que otros decaen. El paisaje neokeynesiano de un sistema que opera sub-utilizando la capacidad instalada, sin innovar, manipulando los precios y asegurando ganancias oligopólicas no se corresponde con la realidad cambiante y caótica del capitalismo. Aceptar el diagnóstico de Steindl, Hansen y Kalecki y postular al mismo tiempo el agravamiento de la crisis es una contradicción del planteo de Sweezy, porque si los empresarios pudieran sustraerse a la presión competitiva prevalecería la estabilización y no el declive del capitalismo.

Contra la creencia de que pocos monopolios manejan concertadamente el proceso económico, las evidencias empíricas reunidas por Semmler demuestran la clara preeminencia de la competencia en el largo plazo. Las barreras a la movilidad del capital sólo reducen temporariamente esta rivalidad. Es cierto que la gravitación de la pequeña empresa ha sido sustituida por la preeminencia de la gran corporación, pero el poder de estas empresas no proviene del control que ejercen sobre los mercados, sino de su capacidad para reducir los costos frente a sus concurrentes.

Y no obtienen estas ventajas estacionando su dominio en un sector o un producto, sino diversificando su actividad geográfica y sectorial.

Las corporaciones ampliaron sustancialmente la internacionalización de sus actividades en las últimas décadas bajo la presión de esta competencia de costos. Y esta rivalidad incide en el nivel de utilización de la capacidad instalada, porque la inmovilización parcial de las

plantas lejos de asegurar altas ganancias representa un costo adicional para cualquier compañía. Todas las referencias periodísticas a la "guerra de los negocios", al "darwinismo del mercado" y a la "batallas empresarias por la supervivencia" ilustran esta primacía de la presión competitiva.

La tesis estancacionista ignora que la posición monopólica no asegura la perdurabilidad de las ganancias extraordinarias. Las plusganancias siempre son transitorias. Permiten beneficios superiores al promedio hasta la aparición de productos sustitutos o equivalentes. Especialmente las rentas tecnológicas sólo subsisten hasta que las innovaciones -que permitieron lucros adicionales- se difunden al conjunto de las empresas. Aunque las grandes corporaciones impongan tasas de ganancias diferenciales sólo mantienen estos beneficios elevando la productividad, mientras que los capitales continúan movilizándose en función de las diferencias de rentabilidad que presentan los distintos sectores.

Los marxistas utilizaron tradicionalmente la distinción entre monopolio y competencia como criterio de periodización histórica del capitalismo, es decir como elemento de conceptualización de los cambios registrados en el funcionamiento de sistema. Pero este indicador no es único, ni excluyente. Debe ser combinado con otros parámetros, porque de lo contrario se olvida que la competencia subsiste en el capitalismo contemporáneo y que el monopolio no estuvo ausente en la fase precedente. Hay que recordar, además, que durante el mismo período de "supremacía monopólica" del siglo XX se han producido cambios tan radicales en la dinámica de este sistema como los ocurridos en la etapa anterior.

Analizar al capitalismo a partir de la oposición entre la competencia y el monopolio es más propio del pensamiento neoclásico que del marxista, porque la ortodoxia basa toda su glorificación del capitalismo en el supuesto de la concurrencia "perfecta" y en la crítica de la "anomalía" monopólica. Y el principal defecto de esta caracterización es encubrir que los desequilibrios del capitalismo surgen de la acción competitiva y no de su atenuación. Toda una corriente de marxistas contemporáneos (Shaik, Clifton, Weeks, Semmler) ha enfatizado acertadamente la validez de este principio.

Cuándo se focaliza el análisis económico en la gravitación del monopolio se tiende a prestar más atención al control de los mercados, que a la evolución de la productividad. Los acontecimientos de la esfera de la circulación son más estudiados que los sucesos ocurridos en la producción. Este error metodológico se acentúa, además, cuándo en lugar de investigar objetivamente la actividad económica en su conjunto se indaga el comportamiento individual de las corporaciones.

Sweezy planteó siempre una acertada crítica socialista del monopolio. Nunca limitó este cuestionamiento a proponer procedimientos anti-trust contra las grandes empresas, ni postuló un retorno a la edad dorada de la competencia. Tampoco creyó -como los kaleckianos- que reduciendo la ociosidad de las plantas sub-utilizadas se puede mejorar simultáneamente los salarios y los beneficios. Esta alternativa es apenas factible en algunos países y en ciertas condiciones del ciclo y Sweezy remarcó esta contradicción. Planteó acertadamente la imperiosa necesidad del socialismo y no la conveniencia de algún tipo de política monetaria y fiscal. Pero esta adecuada conclusión se apoya en una equivocada tesis estancacionista.

#### CAPITAL FINANCIERO.

Al igual que las tesis subconsumistas y de la monopolización, la explicación del fin del crecimiento basada en el papel del capital financiero que propone Sweezy se inspira en los seguidores de Keynes. Particularmente los autores pos-keynesianos (Eichner, Kregel,

Arestis ) atribuyen a la "volatilidad del dinero", todos los desequilibrios del capitalismo contemporáneo (especialmente la incertidumbre y la imprevisibilidad) .

Pero en esta argumentación se acentúa el desplazamiento de la esfera productiva del análisis. Al justificar el estancacionismo ya no por la fragilidad del poder adquisitivo, ni por el control corporativo del mercado, sino por la "financiarización" se profundiza la desjerarquización del estudio del eje productivo.

A los episodios financieros les asigna un rol determinante de todo el proceso económico. Pero si las acciones de los especuladores explican el estancamiento: ¿Cómo se explica el poder de los banqueros? ¿Cómo logran someter a toda la clase capitalista a su dominio? ¿La sola tenencia del dinero les otorga esta fuerza incontrolable?

La creencia que los financistas se imponen al resto de la sociedad acumulando riquezas y sofocando a la producción es la visión más ingenua y superficial del funcionamiento del capitalismo. Ha sido repetida con infinitas variantes a lo largo de la historia de este sistema. Cómo los banqueros concentran los recursos monetarios que requiere la acumulación se crea la ilusión que detentan el manejo de la economía. Pero la moneda sólo cumple la función de permitir la realización de un valor creado en la actividad productiva y el crédito sólo facilita la continuidad de este proceso. Cuando se supone que los bancos dominan a la industria resulta difícil entender cómo ejercen esta supremacía si el capital que atesoran, transfieren o movilizan se forja fuera de su propio ámbito.

El capitalismo es un sistema centrado en la acumulación de capital y basado en la extracción de plusvalía. Si este proceso confiscatorio hubiera perdido relevancia habría que explicar sobre qué nuevos basamentos se apoya este modo de producción. ¿Existen acaso nuevas leyes que rigen a la economía rentista? ¿Cómo se reproduce un sistema que carece de inversiones genuinas? ¿Cómo funciona el capitalismo redistribuyendo una plusvalía, cuya creación decrece?

Dada la centralidad que tiene la explotación del trabajo asalariado resulta imposible analizar los procesos financieros desconectándolos del valor creado y expropiado en la esfera productiva. Si se olvida este principio prevalece el fetichismo del dinero, es decir la creencia que la moneda se autogenera espontáneamente por alguna cualidad misteriosa del oro, los billetes o las acciones.

A veces se acepta la relevancia del proceso productivo como un principio válido para el pasado, pero no para el capitalismo contemporáneo. Pero si el sistema actual ya no se sostiene en la extracción de plusvalía no se entiende cuál es su basamento. Es por otra parte inadmisibles, suponer que los bancos dominan por su control de un acervo de capital creado hace más de un siglo y que su poder actual surge de la gestión de esta herencia. La tesis de una "larga agonía" de parálisis industrial y rentismo financiero es, además, insostenible a la luz de cualquier indicador de la producción, la productividad, el consumo o el cambio tecnológico.

El capitalismo no es un "casino" porque su desenvolvimiento no está regido por el azar. Es un sistema gobernado por leyes y tendencias previsible. La tesis de la "financiarización" impide caracterizar estos procesos, elude el estudio objetivo de los datos económicos y brinda una imagen fantasmal de la crisis . Además, olvida principios básicos del enfoque marxista -cómo el carácter "sustractivo" de la tasa de interés (es decir, su dependencia en última instancia de la tasa de ganancia)- y desvincula el análisis del ciclo del crédito de su fundamento industrial .

Es cierto que al autonomizarse parcialmente del proceso productivo la actividad financiera se rige por una cierta lógica propia. Pero esta independización de la economía real no es un

dato nuevo y nunca alcanza un punto de desconexión total de la actividad productiva. Las "burbujas" y las oleadas de injustificada euforia bursátil no perduran cuándo carecen de contrapartida en la producción. Son artificios que terminan en desplomes generales. Cómo producir y consumir bienes es el pilar insustituible de cualquier proceso económico, la esfera financiera no puede divorciarse del comportamiento de los indicadores reales .

Sólo en el corto plazo las teorías del "capital rentista" pueden presentar elementos de justificación. En el largo plazo, en cambio, se comprueban las conexiones entre las esferas productiva y financiera. En esta escala se verifica que la rentabilidad de cada empresa determina los precios de sus acciones, que la productividad de cada economía define la fortaleza de su moneda, que la posición en el comercio internacional de cada país incide en el nivel de su tipo de cambio y que la potencialidad industrial que detenta cada nación influye decisivamente sobre su órbita bancaria .

Los teóricos de la "financiarización" confunden la denuncia del parasitismo con la caracterización objetiva del funcionamiento del capital. Qué un banquero se enriquezca sin participar en proceso productivo no significa que sus criterios rentistas rijan al sistema económico. Criticar el carácter perverso o inmoral de la actividad del financista no debe impedir entender su función en cualquier economía de mercado. Cuándo se contraponen el "capitalismo productivo" del siglo XIX con el "capitalismo bancario" contemporáneo se olvida que la coexistencia de ambas modalidades es un rasgo insustituible de este sistema.

La diferenciación entre estas dos variantes de capitalismo se basa en gran medida en una idealización de la etapa librecambista. El choque entre industriales y banqueros siempre existió, atravesó fases de mayor y menor intensidad y perdurará mientras subsista el capitalismo. Una fusión total de ambos sectores es tan irrealizable cómo la subordinación de la industria a la banca. Son relaciones que se estrechan y fracturan siguiendo la dinámica de la acumulación y la crisis.

No existe ninguna razón para interpretar que en las actuales corporaciones financiero-industriales la estrategia productiva está sometida a las exigencias rentistas. En muchos casos ocurre exactamente lo opuesto: las empresas se dotan de recursos bancarios propios para asegurarse la auto-financiación de sus inversiones. El estancacionismo no registra esta tendencia porque considera que el capitalismo inmoviliza a las fuerzas productivas, sin notar que todos los desequilibrios que genera este sistema provienen del mal contrario: la imposibilidad de controlar, regular y racionalizar el crecimiento.

#### INNOVACIÓN Y REVOLUCIÓN TECNOLÓGICA.

El desconocimiento de la continuidad y centralidad del cambio tecnológico bajo el capitalismo contemporáneo proviene de la identificación neokeynesiana del monopolio con el freno del progreso técnico, que Sweezy acepta al considerar que las revoluciones tecnológicas son acontecimientos irrepetibles del pasado . Compartiendo esta visión, Burkett atribuye la declinación del impulso innovador a la disminución de las oportunidades de inversión.

Pero contradictoriamente Sweezy asigna a la difusión masiva del automóvil (y también a la construcción de viviendas y a la introducción de los electrodomésticos) un rol central en el crecimiento de posguerra. Caracteriza que estos acontecimientos fueron procesos compensatorios del estancamiento, pero en su descripción desmiente este rol exclusivamente atenuante porque les otorga una función claramente impulsora de la actividad económica.

Sweezy sugiere que el cambio tecnológico no es una tendencia intrínseca de la acumulación, sino una contratendencia eventual. Pero si se considera que la innovación es

un rasgo secundario se debe también suponer que la plusvalía relativa ya no es la principal fuente del beneficio, porque la única forma de incrementarla es elevando la productividad del trabajo con nuevas tecnologías. Por eso Marx atribuía al cambio tecnológico un rol decisivo no sólo en el surgimiento del capitalismo (revolución industrial), sino también en la propia continuidad de este sistema. No existe ninguna razón para modificar esta caracterización, restringiendo la influencia de la innovación sólo a cierta etapa del capitalismo. Es un rasgo incorporado a este modo de producción, porque constituye la fuente principal de las plusganancias y opera como instrumento insustituible de la competencia. Esta centralidad de la innovación sólo pasa desapercibida cuando se suplanta el estudio del proceso productivo por los acontecimientos de mercado.

Sweezy no brinda argumentos convincentes del carácter irreproducible de la innovación del vapor y del ferrocarril, ni tampoco de la naturaleza excepcional de la automovilización. Y más erróneo aún es negar la relevancia de la informatización. En cada uno de estos casos está presente una revolución tecnológica, gestada en torno a ciertas invenciones transformadas en innovaciones radicales. Estos cambios tecnológicos ilustran, cómo la innovación se desenvuelve discontinuamente en conexión con plusganancias que aparecen y se agotan sucesivamente. Ni el peso de los monopolios, ni la influencia del capital financiero eliminan estos procesos de transformación tecnológica.

Curiosamente Sweezy maduró su tesis del estancamiento tecnológico bajo la influencia de Schumpeter, uno de los principales pensadores de la innovación.

Durante sus estudios en Harvard fue discípulo, colega y colaborador de Schumpeter y en diversos trabajos analizó críticamente la forma en que este economista abordó las concepciones de Marx. Además, Sweezy formuló un excelente cuestionamiento a la teoría schumpeteriana del empresario como artífice del cambio tecnológico. Destacó que la innovación depende de la lógica del capital y no de la aparición de personalidades caudillescas.

Pero a pesar de estas observaciones, Sweezy aceptó el diagnóstico schumpeteriano del capitalismo como un sistema que "no puede sobrevivir" ante la declinación de la competencia. Aunque objetó muchos aspectos de este enfoque -que postula la decadencia del capitalismo por el impacto negativo de la burocratización - aceptó su descripción del estancamiento como una consecuencia de la erosión de la competencia y del riesgo. No dedujo como Galbraith, que una nueva "tecnología-estructura" de altos funcionarios se había apoderado de la conducción del sistema, ni tampoco supuso como Bell, que una "era pos-industrial" había comenzado. Al contrario, Sweezy remarcó que la propiedad privada de los medios de producción y la dominación burguesa se mantienen como los pilares centrales del capitalismo. Pero si aceptó que la nueva supremacía de las corporaciones desalentaba el cambio tecnológico.

Sweezy se equivocó al rescatar de Schumpeter este diagnóstico, en lugar de la teoría de las revoluciones tecnológicas que formuló este pensador. Si hubiera reivindicado este aspecto habría notado la gran utilidad de esta concepción para explicar tanto el ascenso y agotamiento del crecimiento de posguerra, como el actual proceso de informatización.

Se puede discutir si la transformación en curso constituye la segunda, la tercera o la quinta revolución tecnológica (considerando respectivamente la revolución industrial, la electrificación o los ciclos Kondratieff), si gira exclusivamente en torno a la informática o incluye también a la biotecnología, si ya superó o aún se mantiene en la fase inicial. Pero es falso negar el carácter radical de este cambio tecnológico. Sus características son exactamente opuestas a las señaladas por los autores estancacionistas. Dentro del sector

informático predomina una brutal competencia de precios, las empresas nacen y se extinguen vertiginosamente, la tasa de innovación es impresionante y la creación de nuevos productos es incesante. El efecto de esta transformación en el conjunto de la economía ya se ha comenzado a percibir en los índices generales de productividad, en grandes cambios en el proceso de trabajo y en la extensión de varios mercados .

La actual revolución tecnológica se desenvuelve a través de nuevos aparatos que potencian el aprovechamiento económico de la información. Se fundamenta en la miniaturización de los componentes electrónicos y ha cobrado nuevo impulso, a partir de la confluencia de esta innovación con las telecomunicaciones y al universalizarse el uso de las computadoras y las redes. Sólo en la medida que cada revolución tecnológica adopta un rumbo original se puede afirmar que no repite el tipo de transformaciones introducidas por el vapor, el ferrocarril o el automóvil. Si se ignora el impacto que está produciendo esta transformación resulta imposible analizar el proceso de reorganización que acompaña actualmente a la crisis del capitalismo.

#### VALOR Y PRECIO.

Si se caracteriza que el capitalismo continúa regido por la competencia y que la acumulación genera fases de crecimiento que desembocan en crisis periódicas, la formación de los precios continúa regida por la teoría del valor. ¿ Pero qué principio determina la evolución de los precios en una economía estancada por el predominio del monopolio y el capital financiero?

Para la vertiente institucionalista del neokeynesianismo la acción reguladora del estado y de las corporaciones define el comportamiento de los precios. Para la corriente neoricardiana esta determinación surge de las condiciones técnicas y de la pugna distributiva entre los salarios y las ganancias. Ambas escuelas rechazan explícitamente la ley del valor.

Sweezy, en cambio, defiende el concepto de valor señalando que resulta tan necesario para explicar los precios cómo la noción de plusvalía para interpretar la ganancia. Destaca, además, que la teoría del valor es el fundamento de la crítica al fetichismo y a las mistificaciones del pensamiento neoclásico.

Pero también afirma que el monopolio bloquea la formación competitiva de una ganancia media, quebrando toda relación entre los valores y los precios de producción. Por eso, mientras que en su primer libro discutió cómo debe entenderse esta correspondencia , posteriormente consideró que bajo la preeminencia de la gran empresa ya no existe ninguna regla de conversión de los valores en precios de monopolio . Varios comentaristas coinciden en caracterizar que ante la imposibilidad de establecer un principio definitorio de esta "segunda transformación", Sweezy abandonó la teoría del valor .

Pero esta concepción no es un elemento secundario de la visión marxista. Es el punto de partida de todo análisis del capital en su dimensión abstracta y rige para cualquier modalidad histórica de este sistema. La ley del valor explica la formación de los precios a partir del tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de las mercancías y define un centro de gravitación de los precios de mercado en torno a los precios de producción. Es cierto que la competencia monopólica puede modificar algunos aspectos de esta determinación, pero no la fijación de los precios a partir de la incorporación del trabajo social a las mercancías en el ámbito de la producción y el reconocimiento (o rechazo) de este trabajo social en el plano del mercado .

La gran empresa establece sus precios en función de costos que dependen de la productividad. Y este último indicador deriva, a su vez, de los cambios en la magnitud de trabajo vivo (mano de obra) y objetivado (maquinaria) invertidos en la elaboración de los

productos. Afirmar que las corporaciones fijan sus precios estimando cierto margen de ganancias sobre sus costos no prueba que manipulen arbitrariamente estas variables, como suponen los "teóricos del capital monopolista". Constituye sólo una forma de indicar que este cálculo se desarrolla siguiendo criterios productividad, compatibles con la validez de la ley del valor.

Si se renuncia al análisis objetivo del comportamiento de los precios a partir del valor no hay forma de eludir la circularidad neoclásica ("los precios de los bienes dependen de los precios de otros bienes") o la evasión extraeconómica de los neokeynesianos ("el estado o las instituciones definen los precios"). Con este giro se pierde uno de los méritos centrales del enfoque marxista.

#### EXCEDENTE Y TASA DE GANANCIA.

En su análisis del capitalismo monopolizado, Sweezy prefirió utilizar el concepto de excedente en lugar de la noción de plusvalía, para destacar que las dificultades económicas de absorción de este sobrante constituyen la principal contradicción del sistema. El excedente -definido cómo la diferencia entre la producción real y el consumo efectivo- representa una masa de capital incolocable, que resulta necesario despilfarrar en gastos superfluos . Sweezy estima que estas erogaciones improductivas se elevaron del 46 % del PBI en 1929 al 56 % del PBI en 1963 y Foster calcula que se duplicaron entre 1949 y 1994 .

Ambos autores prestan más atención al efecto desequilibrante de ese capital sobrante que a la clásica sobreproducción de mercancías, porque suponen que el control monopólico y la sub-utilización de la capacidad instalada permite atenuar este desajuste. Pero si sobra capital es porque subsiste la plétora de mercancías derivada de las dificultades de venta que enfrentan las corporaciones. Y este desequilibrio proviene, a su vez, de la imposibilidad de eliminar la competencia y regular el ritmo de la producción .

¿Pero es correcto, además, suponer que el capital excedente aumenta de manera continuada en el capitalismo contemporáneo? Si desde los años 30 hasta la actualidad prevaleciera una sobreacumulación permanente y creciente del capital, no se habrían producido las fases de revalorización y desvalorización del capital, que caracterizaron a los diferentes ciclos registrados a lo largo del siglo XX.

El concepto de "excedente" se asemeja a las nociones masa de plusvalía o masa de ganancia, que Marx utilizó para indicar que la apropiación de trabajo no remunerado aumenta junto al avance de la acumulación . Pero el autor de "El Capital" también destacó que este incremento coexiste con la declinación de la tasa de beneficio, cómo consecuencia de la mayor gravitación del trabajo muerto frente al trabajo vivo en el proceso productivo. Esta contradicción entre el aumento de la masa y la caída de la tasa de beneficio no es aceptada por Sweezy, porque rechaza la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia.

Inicialmente justificó esta oposición en defensa de la tesis subconsumista, cuestionando que el aumento de la composición orgánica del capital fuera superior al incremento de la tasa de plusvalía . Posteriormente utilizó este mismo argumento para destacar que el monopolio genera excedentes en lugar de provocar la caída porcentual del beneficio . Su tesis puntualiza que los problemas del capitalismo no provienen de la pérdida de rentabilidad, sino del derroche de recursos sobrantes.

Pero la presentación de las crisis derivadas de la contracción del poder adquisitivo y la sobreabundancia de capital en oposición a la declinación porcentual de la tasa de beneficio

es equivocada. Ambos desequilibrios están vinculados a la caída tendencial que registra la tasa de ganancia al elevarse la composición orgánica.

Si se omite, en primer lugar, la conexión existente entre la declinación de la tasa de ganancia y la contracción del poder adquisitivo no se logra entender porqué una mejoría en la capacidad de compra no alcanza para superar una depresión de largo plazo. Se olvida que una salida capitalista de esta situación requiere la simultánea recomposición de la rentabilidad y de la demanda. Pero si se ignora, en segundo lugar, la relación existente entre la baja tendencial de la tasa de beneficio y el excedente de capital no se comprende porqué esta última sobreabundancia se acentúa cuándo la disminución porcentual de la ganancia es mayor y se reduce cuándo esta caída se amortigua por la acción de fuerzas contrarrestantes. El reemplazo del riguroso concepto de plusvalía por la noción más vaga de excedente es la causa de estas confusiones. Sólo el primer término permite indagar todas las vicisitudes contradictorias del proceso de valorización y evita la caracterización de la crisis cómo un proceso unilateralmente centrado en la insolvencia de la demanda. La noción de excedente enfatiza los problemas de la utilización de este sobrante, en lugar de las contradicciones que se generan en su producción. Por eso las modalidades del despilfarro reemplazan al estudio más sustancial de la productividad.

#### DERROCHE DE RECURSOS Y GASTO MILITAR.

Para demostrar que el estancamiento genera un agudo problema de absorción de excedentes, Sweezy brinda numerosos ejemplos de erogaciones superfluas en publicidad y obsolescencia prematura de los productos. Foster complementa con algunos ejemplos más recientes: los gastos publicitarios de la empresa de calzado Nike superan los costos de la actividad corriente de sus cuatro fábricas en Indonesia. Añade que este tipo de despilfarros se generalizó con el afianzamiento del capital monopolista, ya que en 1939 cada automóvil vendido a 950 dólares incluía sólo 150 dólares de costos reales de producción.

Estos ejemplos son contundentes e ilustran cómo efectivamente los gastos improductivos para estimular la demanda aumentan con las dificultades de realización del valor de las mercancías. Pero si este despilfarro obedeciera a la monopolización no se comprende porqué las corporaciones no reducen estas erogaciones mediante acuerdos distributivos del mercado. Si sub-utilizan concertadamente su capacidad de producción: ¿Qué les impide acordar también el control de los gastos de publicidad y administración?

La única explicación de la continuidad del derroche es el incremento de competencia, que impide a los capitalistas racionalizar los gastos de circulación. Estas erogaciones se elevan porque el ritmo de producción se acelera a medida que las innovaciones reducen los costos. El estancacionismo no puede explicar el despilfarro, porque olvida que su origen es la sobreproducción resultante de la competencia por acrecentar la productividad.

El mismo problema aparece con la caracterización del gasto militar, que para Sweezy constituye el principal canal de digestión del excedente. No le asignó -cómo otros teóricos marxistas- una función contrarrestante de la caída de la tasa de ganancia, pero sí resaltó su papel económico estimulante frente a quienes destacaban la incidencia perniciosa del armamentismo sobre la eficiencia, la calidad o la orientación de la inversión.

Pero al asignarle a la economía militar un papel tan significativo en la "absorción del excedente" exagera su gravitación. Es cierto que constituye una rama específica (sector III), decisiva (por el volumen de recursos absorbidos) y estratégica (por su papel preparatorio de grandes innovaciones tecnológicas), pero no representa una implantación "exógena" dentro del capitalismo.

No está regulada por patrones diferentes al resto del sistema, ni está exenta de las contradicciones de este modo de producción.

La rama bélica impulsa la demanda en cierta fase del ciclo, creando mercados y estimulando el ascenso de la tasa de beneficio. Pero también se convierte en un obstáculo para la acumulación, cuando en otra fase provoca el descontrol del déficit fiscal, genera agobio impositivo, satura los mercados o acentúa la elevación de la composición orgánica y la consiguiente baja porcentual de la tasa de ganancia.

Si se omite que el sector armamentista está sometido a las mismas contradicciones que las ramas civiles se sobredimensiona su impacto. Sweezy afirma, por ejemplo, que el armamentismo impidió la repetición de una gran depresión en la posguerra, cómo si fuera el único causante de la prosperidad de este período. Y además en esta visión se omiten que los efectos negativos del gasto militar (descontrol fiscal, explosión de la deuda pública, picos inflacionarios) contribuyeron a desencadenar el reinicio de la crisis a mediados de los 70. En esta valoración unilateral de la función reactivante de la economía militar no se explica tampoco, cómo hacen las corporaciones del sector para absorber excedentes, ampliar indiscriminadamente el uso de la capacidad instalada y sustraerse del estancacionismo.

La magnificación del rol del gasto militar en el pasado se evidencia a la luz de la escasa importancia que se le atribuye en la actualidad. A pesar de su continuada incidencia en la economía ya no se le otorga tanta relevancia. Sin embargo, contra lo que pareció insinuarse a principios de los 90 con la desaparición de la Unión Soviética, el fin de la "guerra fría" no desembocó en una contracción significativa del gasto militar. Con la expansión de la OTAN, las nuevas hipótesis de conflicto imperialista, la constitución de un ejército europeo y la impresionante escalada de guerras regionales en Africa, Asia y Europa Oriental, se ha impuesto la norma del rearme y no del desarme .

El sector bélico -con todas sus particularidades- es tan sólo una esfera de acumulación del capital. Aunque fabrique instrumentos de destrucción se desenvuelve cómo un sector capitalista más, que vende productos, recibe inversiones y genera ganancias. Por lo tanto, no provoca, ni elimina el estancamiento, ni puede sustraerse a la presión competitiva y a las exigencias de incremento de la productividad.

Es indiscutible que los gastos militares constituyen un pilar de la "economía del desperdicio" que caracteriza al capitalismo, cómo lo indica su impacto en el aumento de la deuda pública que desde la posguerra se estabilizó en altos porcentajes del PBI de los países desarrollados. Pero también este rasgo es más ilustrativo del carácter incontrolable del crecimiento. La deuda pública crece porque cada estado apuntala con subsidios a sus corporaciones en la guerra competitiva que libran con las compañías foráneas. Y esta batalla -que arruina las finanzas públicas- también demuestra cómo el capitalismo es socavado por la dinámica de la competencia y no del estancamiento.

#### IMPERIALISMO.

En un terreno el diagnóstico estancacionista parece confirmarse abiertamente: la situación de los países periféricos. Basta una mirada general al cuadro que presentan la mayoría de las naciones dependientes, que en su gran mayoría mantienen invariable su condición de subdesarrolladas a pesar de la variedad de políticas económicas experimentadas para superar este retraso.

Varios comentaristas (G.Casanova, Lowy, Alarcón) destacan correctamente que las descripciones que presenta Sweezy en este terreno son acertadas. Con la importante colaboración de Magdoff desarrolló una gran labor de denuncia de la pobreza en Asia, Africa y América Latina, demostrando que este padecimiento obedece a la opresión

imperialista. Baran contribuyó a este estudio al introducir el concepto de "excedente potencial" para estimar cuál sería el óptimo de inversión que aseguraría el crecimiento industrial acelerado de los países periféricos si se emanciparan del imperialismo. Utilizó junto a Sweezy esta categoría para refutar las típicas tautologías que utilizan los liberales para culpar a las naciones subdesarrolladas de su falta de progreso ("los países atrasados son pobres porque no invierten y no invierten porque son pobres").

Sweezy acertó en señalar que la fractura entre países avanzados y retrasados constituye un rasgo central del capitalismo contemporáneo y que el imperialismo representa un obstáculo para el desarrollo de los países periféricos. Pero se equivocó en atribuir el retroceso de la periferia al estancamiento de las economías centrales. A la ingenua creencia neoliberal ("el desenvolvimiento de los países desarrollados arrastrará a los sub-desarrollados") le opone una tesis exactamente inversa ("la falta de crecimiento en el centro se extiende en forma agravada hacia el resto del mundo") y esta caracterización es equivocada. No es el freno de la acumulación en el epicentro del capitalismo lo que asfixia a las economías dependientes, sino la simple continuidad de ese crecimiento. El desarrollo se nutre del subdesarrollo y el avance de un polo de la economía mundial se apoya en el retroceso de la otra.

Esta dualización es fácilmente corroborable con cualquier indicador. Todos los incrementos sustanciales de la productividad, la inversión o el poder adquisitivo se concentran en las naciones centrales, mientras que la periferia se encuentra atrapada en un círculo vicioso de fracasos económicos. Y esta diferenciación se profundiza con cada avance de la acumulación en los países desarrollados.

Si en el centro prevaleciera el estancamiento, la brecha entre dos tasas de involución económica probablemente tendería a reducirse. El imperialismo no implica parálisis de la economía, sino desigualdad, es decir que la acumulación en ciertos países se acelera a costa de la desacumulación de otros. Y si bien esta polarización dominó toda la historia del capitalismo, adoptó rasgos más contundentes en el último siglo, porque la culminación de la expansión capitalista en todo el planeta a principio del siglo XX implicó también el relativo congelamiento de la fractura entre países dominantes y dominados. Los segundos ya no tuvieron la posibilidad de repetir el camino recorrido por los primeros y pasaron a enfrentar una drástica reducción de sus márgenes de desenvolvimiento. La modernización ha quedado limitada a pocos países de la periferia y a enclaves también reducidos dentro de las naciones que logran avanzar en su industrialización. Este desarrollo parcial y deformado de ciertas ramas se materializa sobre un trasfondo de generalizado atraso y pobreza.

Sweezy denunció siempre que la raíz del retraso de la periferia es la opresión imperialista. Pero al partir de la hipótesis estancacionista no pudo ilustrar adecuadamente cómo esta situación es una consecuencia del propio crecimiento. Su enfoque no permite entender, por ejemplo, que el intercambio desigual se acentúa es porque la productividad se eleva en los países centrales o que la "falta de competitividad" de los países periféricos aumenta con la revolución tecnológica en curso. El estancacionismo presenta críticas demoledoras contra el imperialismo, pero no ofrece una comprensión adecuada de cómo opera esta dominación.

#### CONCLUSIONES Y CONTRIBUCIONES.

El estancacionismo ha servido de fundamento teórico a diversos enfoques políticos. Para los neokeynesianos es la justificación de un mayor intervencionismo estatal en la economía. Cómo suponen que la inversión, la productividad y la innovación declinan en el capitalismo maduro proponen elevar las tasas de crecimiento con medidas de política monetaria y fiscal. Pero las consecuencias inflacionistas de esta orientación y su impacto adverso sobre la rentabilidad redujeron -en las últimas dos décadas- la influencia de esta corriente entre

las clases dominantes. El pesimismo estancacionista fue reemplazado por un ingenuo optimismo en los mercados, cuyo fracaso tiende a inducir la reaparición de las tesis estancacionistas. Es visible ya el resurgimiento de autores kaleckianos y regulacionistas que predicán someter a los mercados a una mayor supervisión estatal.

Entre los marxistas el estancacionismo -particularmente en su justificación financiera- fue tradicionalmente el basamento conceptual de posturas catastrofistas. Partiendo de la tesis del retroceso productivo permanente se formulan pronósticos de invariables derrumbes en cualquier circunstancia, país o contexto económico. Se identifica a todos los desequilibrios con crisis terminales y a todas las crisis con explosiones incontrolables, sin distinguirlas, ni caracterizarlas seriamente. El origen de esta simplificación es el desconocimiento de un rasgo central del capitalismo: el funcionamiento de este sistema es incompatible con la paralización de las fuerzas productivas en el largo plazo.

Un mérito de Sweezy ha sido la sobriedad de sus conclusiones. Aunque elaboró un enfoque estancacionista muy completo, nunca dedujo de este análisis la inminencia de un colapso del capitalismo. Por eso sus investigaciones son tan profundas, serias y ricas en matices. Seguramente el carácter anti-dogmático de la "Monthly Review" -la publicación que nuclea a su grupo de estudio- explica esta ausencia de exageraciones y afirmaciones sin fundamento .

En sus 50 años de existencia, los editores de "Monthly Review" han sido modelos de trabajo intelectual para los militantes socialistas de todo el mundo. Se mantuvieron fieles a la tradición revolucionaria de Marx y en estrecho contacto con los movimientos de rebelión contra el imperialismo. Popularizaron el marxismo manteniendo una actitud abierta hacia otros enfoques, pero también distante del academicismo. Desarrollaron un lenguaje muy claro para sus exposiciones y actuaron con gran coraje en el "corazón de la bestia". Practicaron además, un efectivo internacionalismo y educaron a gran parte de la radicalizada generación del 70. El estancacionismo de Sweezy constituye el gran error teórico de un importante autor de la economía marxista.

Taller. Revista de sociedad, cultura y política, n 15, vol 5, abril 2001. ISSN:0328-7726